

Vicente en La Rábida

ALBERTO DE LA HERA

Conocí a Vicente Cacho en 1951, en un curso de verano de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Estuvimos, entonces, dos meses juntos, meses que fueron el prólogo de una larga y constante amistad, cerrada cuando le acompañé en los tres momentos finales de su vida y de su muerte: su última enfermedad, la hermosa ceremonia de la despedida de su cadáver en el jardín de la Fundación Ortega y Gasset y su cremación en el Cementerio de la Almudena. En este último acto, Vicente volvió a la naturaleza a la que tanto amó siempre; su alma disfrutaba ya de Dios, al que amó más por supuesto que a la naturaleza; y su recuerdo pervivió y pervive –pienso que mientras vivamos nosotros– en todos los que fuimos sus amigos.

La Universidad de Verano de La Rábida era una realidad sorprendente en la España de los años cincuenta. En 1951 persistía el bloqueo internacional a España, que sólo se rompería a partir de la visita del presidente Eisenhower y de los acuerdos con los Estados Unidos y la Santa Sede, a partir de 1953. El clima interior del país respondía a los planteamientos propios de aquel momento histórico, pero la Universidad constituía un punto aparte, en el que –éramos testigos los estudiantes de entonces– subsistía un pluralismo intelectual que ninguna dictadura consigue nunca borrar por completo.

Yo provenía –estudiante de segundo de Derecho y primero de Filosofía y Letras– de la Universidad de Sevilla, donde impartían sus enseñanzas don Manuel Giménez Fernández y don Ramón Carande, don Juan de Mata Carriazo y don Juan Manzano, don Vicente Rodríguez Casado y don Antonio Muro, don Julio González y don José Hernández Díaz, don Mariano Aguilar Navarro y don Guillermo Céspedes del Castillo. Para quien conozca la biografía personal de estos maestros del Derecho y de la Historia, el pluralismo ideológico de los mismos resalta como una realidad evidente.

El panorama cultural y universitario español de 1951, ese clima abierto y tolerante de Sevilla era –sin compararlo con otras universidades del momento, que no conocí– un verdadero estímulo para mis inquietudes; y cuando obtuve una beca para acudir ese verano a La Rábida, allí me

encontré una universidad extraordinariamente rica y varia, a la que, con total libertad de pensamiento, acudían los mejores intelectuales de España y muy diversas, distintas y significativas personalidades de fuera de nuestras fronteras. En contraste con el calor del verano andaluz, y sin caer en el tópico, bien puede decirse que La Rábida suponía un auténtico soplo de aire fresco; los estudiantes, cerrados hasta entonces y desde tiempo atrás en un país en cierto modo enclaustrado frente al exterior, descubríamos un auténtico mundo sin fronteras en el contacto con tantos y tan valiosos profesores, y también alumnos, españoles, europeos e iberoamericanos, representantes de múltiples esferas del pensamiento político y social.



Primitivo edificio de la Universidad de La Rábida en los años cincuenta.

En aquel ambiente, literalmente como pez en el agua, se movía Vicente Cacho. Pronto, a los pocos días de comenzado el curso de verano, habíamos formado él, Ángel Benito –luego catedrático y decano de la Facultad Complutense de Ciencias de la Información–, José Jiménez Blanco –uno de nuestros primeros grandes sociólogos y catedrático complutense también–, César Pacheco Vélez –renovador de los estudios de Historia en el Perú, luego prematuramente fallecido–, y yo mismo, un grupo promotor de todo tipo de actividades culturales y lúdicas. Por ser cinco, y por nuestra capacidad de removerlo todo y de embarcar en nuestras iniciativas a todo el mundo, nos llamaron el Pentágono. Cada personalidad visitante –del presidente peruano José Luis Bustamante al gran hispanista salvadoreño Rodolfo Barón Castro; del ex-ministro de la República, Manuel Giménez Fernández, al embajador ante la Santa Sede, Joaquín Ruiz Giménez– era por nosotros "explotada" al máximo: además de las clases para las que acudía a La Rábida, le conducíamos a tertulias, entrevistas, mesas

redondas, excursiones culturales. No quedaba posibilidad sin aprovechar, y los alumnos de aquel año volvieron a sus casas y a sus universidades enriquecidos notablemente por nuevas y muy amplias experiencias intelectuales.

Vicente Cacho fue el motor. Montañero entusiasta, excursionista incansable, amigo de la música, del arte, de la literatura, de la política; liberal de pensamiento abierto en abanico, lleno de un respeto convencido hacia todas las opiniones y de una ilusionada inquietud por todos los saberes. Con el tiempo sería un gran organizador de exposiciones de pintura en las que ninguna nueva tendencia se vería excluida; un melómano curioso y clásico a la vez; el gran historiador de la Institución Libre de Enseñanza; el mejor conocedor del catalanismo y del pensamiento catalán en el seno de lo español, tema que llenó tantos años de su investigación, siempre directamente ligada a la Cataluña que tanto amaba desde su condición de madrileño. Fue con los años hombre de cuatro instituciones a la vez, las universidades de Barcelona y Complutense de Madrid, el Ateneo de Barcelona y la Fundación Ortega y Gasset, su última casa, su último refugio de pensador infatigable.

Y fue un miembro numerario del Opus Dei que desmintió con su vida el vulgar y falso lugar común del "conservadurismo" a ultranza de una de las instituciones religiosas más abiertas y más libres que posee en los tiempos actuales la Iglesia Católica. Opusdeista –como algunos dicen– fiel y convencido, hombre liberal y omnicomprensivo, intelectual de primera línea, así le conocí en La Rábida, y allí sentamos las bases de una amistad y colaboración constantes que duraron hasta su muerte.

Alguien dará el testimonio de cómo fue su entierro, desde la residencia del Opus Dei donde vivía al jardín de la Fundación Ortega y Gasset, donde –antes de acompañarle al cementerio–, en una mañana húmeda y hermosa, con el féretro despositado sobre la hierba, a la débil luz de un día naciente, escuchamos su música preferida, y donde algunas personas –amigos todos, de muy diversas líneas de vida y pensamiento y de una total unanimidad en los sentimientos que aquella hora nos inspiraban– nos dirigieron unas palabras emocionadas y sentidas, oraciones preñadas de tolerancia y de respeto, de fe –en Dios, en el hombre, en el saber, en la libertad–, de cariño por la atrayente y noble personalidad de Vicente Cacho Viu.

Madrid, enero de 2003